

Viajes por Filipinas: De Manila á Tayabas

Viajes por Filipinas
De Manila á Tayabas

Por
Don Juan Álvarez Guerra

(Segunda Edición)
Madrid
Imprenta de Fortanet
Calle de la Libertad, Núm. 29
1887

Al Sr. D. Cristino Martos

Usted, mi buen amigo, me animó para que volviese á Filipinas, y áV. le debo los tres años que pasé en Tayabas. Las páginas de estelibro, allí están escritas, y si algo bueno tienen, es la veracidadde lo que en ellas se consigna. Acójalas con cariño, y no se olvideque «mas allá de los mares», como decía al hablar de este país unprofundo orador, tiene un verdadero amigo en

Juan Álvarez Guerra.
ÍNDICE DE CAPÍTULOS.
CAPÍTULO I.

Adiós á Manila.—
El Batea

.—El puente de la Convalecencia.—El Pasig.—El recodo de las Beatas.—Santa Ana.—Paco.—Ruinas de San Nicolás.—Canteras de Guadalupe.—El Santuario.—Herrera.—Malapadnabató.—Cueva de Doña Jerónima.—Pueblode Pasig.—Pateros.—Sarambaos.—Río de Antipolo.—Las orillas del Pasig.—Sus recuerdos.—Sus fiestas.—Antaño y hogaño.—M. Le-Gentily otros autores.

Conocimientos

del país.—Barra de Napindan.—El capitán del

Batea

.—Almuerzo en el vapor.—Bertita.—Locuacidad y mutismo.—Alhajeros ambulantes.—Laguna de Bay.—Unión de dos mares.—El pantalán de Santa Cruz.—Mi amigo Junquito.—Madrugada del 1.º de Julio.—Carromatas.—Palos y atasques.—De Magdalena a Majayjay.—El río Olla.—Recuerdo a D. Gustavo Tóbler.—Una noche en Suiza.—Proyectos

CAPÍTULO II.

Lucban.—Su origen.—Situación.—Mr. Jagor y Sir John Bowring encamino.—Alturas inexploradas.—Arroyos y torrentes.—Amazonastagalas.—Datos estadísticos.—Fechas imperecederas.—La iglesia, el convento y el tribunal.—Dos cuadros.—Un cocinero municipal y una mestiza tendera.—Aguas constantes.—Higrómetros y termómetros.—Frío.—Las frondas del gran Banajao.—Artes y oficios.—La niña, la hermana y la madre.—Tejedoras.—Petacas y sombreros.—Música

fuerte

y música

débil

.—Fray Samuel Mena.—El pretil del convento.—La campana de las ánimas.—Cofradías.—Laguadía de honor de María.—El Calvario.—El novenario de las flores.—Las dalagas de Lucban.—La

tagabayan

, la

tagatabi

y la

tagalinang

.—El feudo y el terruño.—La sangre celeste y la plebe.—La capitana Babae.—La melodía del Fausto.—Cumplimiento de una oferta.—El autógrafo

CAPÍTULO III.

Horizontes intertropicales.—Suelo y cielo de Filipinas.—Panoramas indescriptibles.—La cascada del Botocan.—La grandiosidad ante los ojos del alma.—Evocaciones y recuerdos.—Un ateo.—El camarín del Botocan.—Almuerzo al borde del abismo.—Chismografía al por menor.—Cuentos y anécdotas.—Las mujeres filipinas.—Tipos y registros.—Opiniones.—Amor desgraciado.—Leyenda y autógrafo.—Caminode Tayabas.—Llegada a Lucban

CAPÍTULO IV.

El puente del suspiro

CAPÍTULO V.

Despedida de Lucban.—Arroyos que se convierten en torrentes.—Huellas de un baguio.—Puentes derruidos.—Troncos de cocos.—La sampaca y el jazmín silvestre.—Pedregales, hondonadas y pendientes.—Relente de la tarde.—Aguas sulfurosas.—El puente de la Princesa.—Belleza del paisaje.—Bravía y salvaje naturaleza tropical.—Melancolía.—Unacaña acueducto.—El camarín de Alaminos.—Cuatrocientas dalagas a caballo.—Tubiganes.—Garzas blancas.—Cuesta y puente de las Despedidas.—Bulliciosa cabalgata.—Cocales.—El puente de la Ese.—Vista de Tayabas.—El kilómetro 146.

CAPÍTULO VI.

Tayabas.—Su antigüedad.—Situación.—Estadística.—Pureza de raza.—El bambán grande.—Fiebres palúdicas.—Su remedio.—Casareal, tribunal, iglesia y convento.—Una Semana Santa en Tayabas.—Riqueza de ornamentación.—Correría histórica alrededor de un escribano de Pilatos.—Fisonomías de los pueblos.—Comparaciones.—Indolencia.—Supersticiones.

CAPÍTULO VII.

Costumbres.—Poesía popular indígena.—La tradición y el manuscrito.—

El cumintán

.—¿Qué es el
cumintán
. ?—Reminiscenciasmoriscas.—El
cariquitdiquitán
.—Pensamientos tomados al oído.—Elindio.—¿Es ó no definible?—El libro en blanco.—
Identificación delindio.—Condiciones para conocerlo.—Fenómenos psicológicos.—Unregimiento
europeo y un regimiento indígena.—Ingratitud yagradecimiento.—La india amiga y la india amante.—
El portalón delGloria.—
Titay
.—Una fortuna á la mar.—La Revista Europea viajandopor el reino de Aracan.—Conocimientos de los
escritores de allá yalgunos de los de acá.—El cómo se escribe la historia.—Apreciacionesdiversas

CAPÍTULO VIII.

Costumbres.—Casamientos.—Código amoroso indio.—Prólogo allibro.—Bindoy.—Cabezang Juan y
cabezang María.—Los faldones delmuncipe.—Elocuencia de las uñas.—El Eureka tagalo.—El
pretendientey la pretendida.—
El pamimianan
.—El
amang-cruz
.—Una casa vacía yuna casa provista.—El
habiling
.—Calabazas en redondo.—Influenciade los mayores.—Rencor indio.—Los picos quemados de una
carta.—La
gayuma
y
jonjon
.—Aceptación del habiling.—De novio á marido.—El
pag-haharap
.—Ceremoniales.—La vuelta á la casa.—Novenario.

CAPÍTULO IX.

¿Es ó no feliz Ambrosio?

CAPÍTULO X.

Paseo á caballo.—El cocal de las
Angustias
.—La ermita.—Laesquila del santuario.—Una alborada en los trópicos.—La niña, elárbol y el
crepúsculo.—Una misa en la ermita.—Oración que imploray curiosidad que investiga.—La madre del
dolor.—Una cifra y unafecha.—Averiguaciones inútiles.—El matandá de la ermita.—La CasaReal de
Cotta.—Las ruinas y la recámara de la muerte.—Estanciaen el barrio de Cotta.—Tamayo y Belloc.—
Recuerdos.—Horasfelices.—Salubridad y riqueza.

CAPÍTULO XI.

Costumbres.—Enfermedades y entierros.—El
orimon
.—Creenciasdel indio.—El mediquillo.—Confección de una receta.—El
constructor
de cigarrillos.—
Dos respiraciones
.—El frío yel calor.—Muerte de cabezang Pedro.—Al hoyo y ...
talagá nangDios
.—La casa por concluir.—Dolor de embarazo—Las plegarias yla Orden tercera.—Las listas del
presente.—
El panalañgin

.—El sentimiento y el estómago.—
Inoac y sayos
.—El sentimiento y el indio.—Filosofía del
icaang bahala
, y el
talagá nang Dios
.—El cementerio de Tayabas.—La vida y la muerte.—¡Eterno olvido!—El
dasalan
.—Creencias.—El
lungcasan
.—Último recuerdo del vivo al muerto.

CAPÍTULO XII.

Estancia en Tayabas.—El archivo del Gobierno.—Trabajos preparatorios para girar una visita a la provincia.—Preliminares de quintas elecciones.—Andoy.—Laboriosidad y mutismo.—El 1.º de Abril.—Salida de Tayabas.—El río Ali tao.—Barrio de Muntingbayan
.—Camino de Tayabas a Sariaya.—El gobernador D. José María de la O.

CAPÍTULO XIII.

Sariaya.—Su situación, límites, historia, productos y estadística.—La iglesia y el convento.—Una modesta catedral del saber convertida en un bullicioso templo de Tersípcore.—La mujer de Sariaya.—
La
dalaga
.—El bosquejo, la caricatura y la fotografía.—Más sobre las hijas del país.—Sistema de gobierno femenino.—¿Manda, u obedece?—La india casada con europeo.—El
castila
y el marido.—Valor de un calificativo.—Los saludos y el alma de
Garibay
.—Episodio histórico.

CAPÍTULO XIV.

Quintas y elecciones en Sariaya.—Adorno del salón.—Las
bungas
.—Los capitanes pasados, los cabezas reformados y los cabezas en ejercicio.—Escrutinio de
canutos
.—Preparación de una elección.—Los muñidores de allá y los
camisas por fuera
de por acá.—Engranaje municipal.—El Gobernadorcillo, el Teniente mayor y el Juez mayor.—
Zambalinas y bastidores.—Votación.—Forma de hacerse.—Ternas.—Constitución del municipio.—
Las
principales
de oficio.—El sorteo.—Manera de verificarse.—Fisonomía de una quinta de quintas en Filipinas.—Los
alrededores de un tribunal y el interior de un hogar.—Deducciones y apreciaciones.—Lógica pura.—
Lacena.—Despedida de Sariaya.—Un santo y un hombre honrado.

CAPÍTULO XV.

De Sariaya a Tiaong.—Monotonía del camino.—Diversidad del resto de la provincia.—Panoramas.—
El
Lagnas
.—Aguas minerales.—El río Quiapoy el Maasim.—Barrio de Maasim.—Su riqueza y necesidades.—
Un indiorico.—Apunte de una idea financiera.—Cambio de caballos.—Vista de Tiaong.—Su situación,

límites, historia, salubridad, productos y estadística.—Aspecto del pueblo.—Inclinaciones de sus habitantes.—La resistencia pasiva.—Falta de edificios.—El consabido baile.—Brillantes y sayas.—Paredes aprovechadas.—Camino de Tiaongá Dolores.—Dolores.—Su historia.—Bellos paisajes y riquísimas aguas.—Regreso á Tayabas en posta.

CAPÍTULO XVI.

De Tayabas á Pagbilao.—El bantayan
.—Riqueza de cocales.—Alambiques.—Aguardiente de coco.—Sufabricación.—
El mananguitero
.—El coco
mura
y el
macapunó
.—Crecientes y menguantes de la luna.—Aceite de coco.—Forma de extraerlo.—Tubiganes.—
Quebrada del Maragoldon.—El Dumaca.—Puente.—Sistema para resguardar los puentes de madera.—
Pagbilao.—Su fundación, límites, situación, riqueza y estadística.—El convento, la iglesia y las escuelas.—Fray Manuel Rodríguez.—Importancia que tiene Pagbilao y la que debía tener.—
Conducción de efectos.—Centralización de poderes.—Observaciones y lógica de los números.—
Paráfrasis de undicho de Montes.

CAPÍTULO XVII.

Las mareas.—El río de Pagbilao.—El castellanode Tabangay
.—Islita de Patayan.—Simón el zarino.—Capuluan.—Bajo Talusan.—Antiguas ruinas.—Las rocas Bagobinas.—Laguimanoc.—Almuerzo.—Un astillero.—Ensenada de Talusan.—Caserío y bajo de Calutan.—Calilayan, barrio y Unisan, pueblo.—Historia.—Ladia.—Castillo de Calilayan.—Síntesis de las civilizaciones.—D. José Barco.—¡Rumbo á Pitogo!—Bajo Salincapo.—Cabulijan.—Pitogo.—Cacería de caimanes.—Un bailujan, un collar de coral y una pregunta.—¡A los botes!—Macalelong.—Su estadística.—Catanauan.—Su presente y su porvenir.—Mulanay.—Pastos y cogonales.—Monte Dumalong.—San Narciso.—Seno de Ragay.—Guinayangan.—Unión de los mares.—El Cabibijan.—Alunero.—Río y pueblo de Calauag.—López.—Su fundación, su estadística.—Alto en Gumaca.

CAPÍTULO XVIII.

Gumaca.—Su antigüedad.—Su situación.—Águilas imperiales.—Castillos de Santa María, San Diego, San Sebastián y San Miguel.—Estadística.—Saqueo, incendio y peste.—Libros canónicos.—Reminiscencias valencianas.—Una velada en las ruinas.—Recuerdo glorioso.—Productos.—De Gumaca á Atimonan.—Una madera incorruptible y un hongo fosforescente.—Kiosco en el camino.—Grupos fantásticos.—Compañía no buscada.—Ninay.—Una presentación por medio de un cigarro.—El Moro y el Rosillo.—Atimonan.—Su historia, sus productos y su estadística.—Un bailujan, un regalo y una promesa.—El correo.

CAPÍTULO XIX.

Navegación en baroto
.—Escasez de luz y abundancia de mosquitos.—Los principios y los medios.—Horas interminables.—Malayopo
.—El monte Soledad.—Vista de Mauban.—Su historia, estadística y productos.—Episodio glorioso.—Don Simón de Anday los franciscanos.—Documento notable.—Setecientos quintales de plata.—De Mauban á Lucban.—Camino que hace el hombre y arreglos que hacen las aguas. Vadeos, precipicios,

quebradas y desmontes.—El Balete.—Barrio de Sampaloc.—La hamaca.—Lúgubres semejanzas.—Descanso en Lucban.—Vuelta á Tayabas.

CAPÍTULO XX.

Costumbres.—Aprobación de actas.—Un Gobernadorcillo electopaseando por Manila.—El sastrero municipal.—Los faldones del frac, el sombrero de copa, la camisa de chorreras y el bastón.—Vajilla, lámparas y rancho.—Diez varas de glasé y diez de gró.—Los caballeros utraques
.—Un lío, otro lío y un liito.—El campanario del pueblo.—Vuelta al hogar.—Exhibición de compras.—La saya de la capitana.—La pagoda.—El 1.º de Julio.—Juramento.—Misa de vara.—Recuerdos de las bodas de Camacho.—Un chocolate serio y un descarnado hueso.—La teniente la mayora y las juezas.—Amontonamiento de alhajas.—Lectura del Tadhana
.—La coronación.—El rigodón oficial.—Un borracho ante un apellido vasco.—Fin de la fiesta aniyaya nang bayan

CAPÍTULO XXI.

Costumbres.—Fiestas.—El binyagan
.—El unang pag paligo
.—El diariuhan
.—El labac, el puong y la aniyaya
.—El suizan
.—El tañido del tambulic
.—Inspección del barrio.—La cama del Juez mayor.—Cincuenta y dos días de bailujan.—El buisan.
—Los pintacasis
.—Juntas y cabildeos.—Triunfo de la Licería y de la Chananay.—Aliño de un teatro en Tayabas.—El cómico de la legua.—¡Ojo con los empresarios!—Un día de buen comer.—Preparativos de cuaresma.—Lapasan
.—El vino en vaso y el coquillo en tabo.—El tapatan mang pasión.
—
Moros y cristianos.—El sábado de gloria.—El canto del gallo.—Pascuhan
.—El hatiran
.—Recuerde una pregunta.

CAPÍTULO XXII.

La provincia de Tayabas á principios del presente siglo.

CAPÍTULO XXIII.

La provincia de Tayabas en general.—Su descubrimiento.—Situación.—Creación del obispado de Nueva Cáceres.—Un obispo en el año 1600 y otro en el 1875.—Fray Francisco Gainza.—D.

Simón Álvarez.—Padrones de 1754, 1831, 1836 y 1875.—Aumento de población y de riqueza.—Montes y vegas—Aceite de coco.—Caza mayor y menor.—El tabon.—Hierbas y flores olorosas.—Frutos, hortalizas, granos, resinas y caldos.—Minas.—El tayabense psicológicamente considerado.—Costumbres antiguas de los tagalos.—La última cuartilla.—Adiós á Tayabas.—Últimos contornos del Banajao.—La cunade un hijo.—Confianza en la caridad de Filipinas.

CHAPTER I CAPÍTULO I.

Adiós á Manila.—

El Batea

—El puente de la Convalecencia.—El Pasig.—El recodo de las Beatas.—Santa Ana.—Paco.—Ruinas de San Nicolás.—Canteras de Guadalupe—El Santuario.—Herrera.—Malapadnabató.—Cueva de Doña Jerónima.—Pueblo de Pasig.—Pateros.—Sarambaos.—Río de Antipolo.—Las orillas del Pasig.—Sus recuerdos.—Sus fiestas.—Antaño y hogaño.—M. Le-Gentily otros autores.

Conocimientos

del país.—Barra de Napindan.—El capitán del

Batea

—Almuerzo en el vapor.—Bertita.—Locuacidad y mutismo.—Alhajeros ambulantes.—Laguna de Bay.—Unión de dos mares.—El pantalán de Santa Cruz.—Mi amigo Junquitu.—Madrugada del 1.º de Julio.—Carromas.—Palos y atasques.—De Magdalena á Majayjay.—El río Olla.—Recuerdo á D. Gustavo Tóbler.—Una noche en Suiza.—Proyectos.

En la madrugada del 30 de Junio de 187... , dejé los incómodos asientos de un desvencijado sipan

, tomando el que dicen camino—por más que no sea ni aun vereda,—que dirige al modesto embarcadero que en la margen del Pasig, y al pie del magnífico puente colgante, tienen los vaporcitos que hacen la carrera entre Manila y la provincia de la Laguna.

Instalado en la cámara de popa, mediante cuatro pesos, que fueron canjeados por un tarjetoncito amarillo y grasiento por el uso, principió la maniobra de largar. Silbó el vapor, desatracamos, y sorteando numerosas bancas zacateras, pusimos rumbo contra corriente, á la laguna de Bay.

Las palas del vaporcito, pesadamente batían las aguas del Pasig, evitando el timonel con una lenta marcha, el choque con alguna de las muchas pequeñas embarcaciones que afluyen en aquellas horas á las cercanías del puente colgante, cargadas unas de cocos, verduras, leña, piedras, ladrillos y tejas, y conduciendo otras gran número de alegres cigarreras que tienen su trabajo en la fábrica de Arroceros, y su domicilio en alguna de las poéticas casitas que bordean las orillas del río, y forman parte de los pueblos que hemos de ver desde las bandas del vapor.

A las pocas orzadas, dejamos por la proa los descarnados pilares de madera que serán en su día la sustentación del puente de la Convalecencia, así llamado,—se entiende cuando esté concluido [1] porque pondrá en comunicación las dos orillas del Pasig, siendo la principal base y en la que descansará aquel, la pequeña isla de Convalecencia, en la que vimos destacarse un amplio edificio, que nos dijeron ser el Hospicio.

Doblado el recodo que forma la isla, pudimos apreciar las esbeltas y elegantes construcciones de la calzada de San Miguel; construcciones, que de día en día, van perfeccionando, hasta el punto, que vimos una, constituyendo un verdadero palacio á la moderna. Dichos palacio es de hierro en su mayor parte; en sus jardines, cortados á la inglesa, se encuentran estatuas en gran profusión, y por las entreabiertas ventanas de los muros—cuyas líneas son una reminiscencia morisca—indiscretamente se asoma el sibaritismo oriental, por mas que trate de ocultarse entre cortinajes, importados de los ricostelares del viejo mundo.

Siguiendo la línea de construcciones, dejamos á la proa, Malacañang, residencia de nuestra primera Autoridad, y bien modesta por cierto, para la jerarquía del alto Jefe que la habita. Á continuación de Malacañang—palabra tagala que quiere decir casa del pescador,—quedó el barrio de Nagtajan, desde el cual las orillas del río principian á tomar otro carácter. La piedra, el hierro y el ladrillo, son substituidos por la caña, la nipa, y la palma brava, los cuidados jardines, por las revueltas y compactas agrupaciones de

plátanos, bongas y cañas; mezclándose las mansiones de recreo, con centros manufactureros, en los que predominan las alfarerías, las canteras y las cordelerías. En alguna de estas últimas, la alta chimenea indicaba, que bajo su negro tubo se aprisionaban las múltiples fuerzas del vapor.

Distraídos en la contemplación de la ribera que teníamos á babor, dejamos el poético pueblecito de Pandacan, doblamos el recodo de las Beatas—así llamado, por haber existido en aquel lugar, un piadoso establecimiento de monjas,—y no sin trabajos, en los que hubo que emplear el tiguín

para evitar los cientos de salientes que forman las revueltas del Pasig, nos pusimos á la altura de la sólida iglesia del pueblo de Santa Ana, teniendo también dentro de nuestro horizonte visible, el remate del torreón de la de Paco.

Tras la bullente estela de
El Batea

, fueron quedando, el rústico embarcadero de Lamayan, la sólida iglesia de Mandaloyo—por cuya cimasa destacaban los picachos de los montes de Mariquina—los pueblos de San Pedro Macati y Guadalupe, el vadeo de San Pedrillo,—que pone en comunicación el barrio de ese nombre con aquel pueblo,—y las ruinas de San Nicolás, con su histórica peña, en que dice la tradición se convirtió un caimán, á la invocación que hizo un chino en aquel sitio, á dicho Santo, estando próximo á ser devorado por el carnicero saurio

El santuario de Guadalupe fué el primer templo de Filipinas en que se empleó el ladrillo y piedra para bóveda. Fué construido por un fraile agustino, pariente del inmortal Herrera, á quien se debe el Monasterio del Escorial. El que dirigió el alegre santuario, dió más tarde ancho campo á la valentía de sus concepciones, en las magníficas obras de San Agustín de Manila, cuyo templo forma una hoja de laurel con el ilustre apellido de Herrera.

El pueblo de San Pedro Macati, perteneció á los padres jesuítas; á la salida de estos, fueron comprados sus terrenos y hacienda por el marquesado de Villamediana.

Pasado el sitio donde se dice se operó el milagro, y al que van enromería, y con toda la devoción de que son susceptibles los chinos, se principian á ver en ambas orillas del río grandes depósitos de piedras toscamente labradas, procedentes de las canteras de Guadalupe, las que suministran y llenan en gran parte las necesidades de Manila y sus arrabales. Dichas piedras, aunque muy porosas, y por lo tanto de fácil desmoronamiento, son apreciadas, y su transporte se hace en grandes bancas, que son vaciadas al pié del puente colgante, ó á las márgenes de los muchos esteros que afluyen al Pasig.

Las precauciones tomadas por el capitán, colocando á toda la gente de á bordo con tiquines

, á la banda de estribor, nos hicieron comprender las dificultades que para doblarla presentaba la acantilada roca de Malapadnabató,

—palabra tagala, que quiere decir, piedra ancha.—Los bellísimos helechos que tapizan el estrecho paso que abre en la peña el camino que dirige al pueblo de Pateros, es altamente bello, y el naturalista tiene en aquellas graníticas paredes preciosos ejemplares de gigantescos musgos. Casi frente á la peña de Malapadnabató

sehalla el vadeo de aquel nombre, en el que, una rústica garita, y un nomeno rústico camarín, señalan un puesto de carabineros, llamados á vigilar las importaciones que lleva á Manila el Pasig. En las cercanías de la garita, y visible perfectamente desde el vapor, se destaca la entrada de la cueva de Doña Jerónima,

, de cuya cueva—que dicense comunica con la de San Mateo,—cuentan los indios terroríficas historias de aparecidos, duendes, y sobre todo de tulisanes. Sea firme que el nombre que lleva es debido á que en su cavidad hizo vida cenobítica una pecadora arrepentida llamada Doña Jerónima; habiendo quien asegura, por el contrario, que aquella cavidad fué hecha para baño de una sibarita y opulenta señora.

Á un tiro de bala de la cueva se levanta la iglesia del rico pueblo de Pasig. Aquí, el horizonte se ensancha y se aprecian distintamente las desigualdades de los escabrosos y agrestes montes de San Mateo. Las orillas de esta parte del río están llenas de cascos y bancas. Los indios de Pasig son tenidos por los mejores bogadores de la provincia de Manila. Son, en efecto, muy fuertes, y manejan con destreza y vigor la ancha y corta pala que les sirve de remo, al par que de timón.

Hubiéramos querido visitar de noche el pueblo de Pasig para
ver
el uniforme que usan los serenos, de que nos habla Mr. Jagor, en sus
Viajes por Filipinas

No bien concluimos de oír el desagradable graznido de los miles de patos que rodean las cercanías del vadeo de Pasig, cuando el panorama varía por completo. Dilatados campos sembrados de palay, se muestran por doquier. Las riberas se despojan de las verdes y poéticas bóvedas, viéndose al carabao arador que pesadamente abre el surco en que ha defructificar el arroz. En este dilatado trayecto va ensanchándose el cauce, contándose en él gran número de

sarambaos
, en cuya plataforma solamente se alzan los cruzados brazos de caña que sostienen la red, sino que también un cobacho de nipa, en el que vive toda una familia, cuyos individuos, durante las horas de trabajo, tienen supuesto y su lugar de maniobra en aquel rústico aparato flotante, cuyo mecanismo se reduce á una red tejida de cabo negro pendiente en sus cuatro extremos de unas cañas, que á su vez la sujeta un mástil, dispuesto de forma, que un contrapeso graduado sumerge y hace subir la bolsa que forma la red.

Tras consagrar un piadoso recuerdo á la milagrosa imagen de Antipolo, á la vista del río, cuyo cauce siguen la mayor parte de los miles de romeros que visitan el santuario, y después de una corta marcha, franca y desembarazada, entramos en la barra de
Napindan,
que abre la gran
Laguna de Bay

Las riberas del Pasig han sido objeto de rimas y trovas, y sus aguas cantadas por melancólicos amantes y por músicos más ó menos inspirados. El día de San Juan y los tres de carne y molida constituían cuatro fiestas fluviales, en las que los remojones, las regatas y las enfrentadas en banca, figuraban en primer término. La libertad que reinaba en estas diversiones, la convierte en libertinaje
M. Le-Gentil
en las descripciones que de ellas hace en sus
Viajes
. Dicho francés, que dignamente precedió en exactitud
en la manera de narrar costumbres á otros compatriotas suyos, vino á estas islas el año 1767, por orden de su rey á estudiar el paso de Venus por el disco del sol; y si observó el cielo, de la forma que lo hizo del suelo, no hay duda que el monarca francés quedaría completamente enterado de el paseito
de Venus. Como
M. Le-Gentil
vino á observar los astros, nada tiene de extraño que al escribir costumbres filipinas en Francia, se acordara de el tan sabido cantar«

de el mentir de las estrellas

».

En honor á la verdad, no nos debe tampoco extrañar esto en extranjeros, cuanto que ahora bien reciente [2] se ha publicado en Madrid un libro titulado Recuerdos de Filipinas, y una Memoria en Barcelona, sobre colonización de estas islas, que dan gozo leer. Si los recuerdos del autor del primero tienen el valor que los de su libro, no me extrañaría se le olvidara hasta el saber escribir, lo que es difícil, pues literariamente hablando el libro es bueno. En cuanto al autor de la Memoria, solo diremos que muy formalmente afirma en el prólogo llevar estudiando diez años de colonización filipina, y en efecto ... , á las cuatro páginas dice, que los principales productos de exportación de este país, los constituyen entre otras cosas—en que por cierto no cita el abacá—los mongoz (?), las naranjas y los cortes de pantalón ... ¡Bien! ¡muy retebién, por los cortes de pantalón, los mongoz y los diez años de colonización!

Á las once de la mañana, navegando en plena laguna, se sirvió el almuerzo, sentándose á la mesa el capitán, antiguo lobo marino de la carrera del Cabo, que le ahogaba el calor de la caldera, la estrechez del barco, lo limitado del horizonte, y más que todo, el agua dulce, que en tres palmas de fondo batían las palas de las ruedas. Se comprende el mal humor que habitualmente dominaba al capitán del Batea, acostumbrado á recorrer la grandiosidad de los inmensos desiertos del Océano.

La vida del agua dulce, la monotonía de una ribera siempre la misma, la precisión de las llegadas, las inofensivas y uniformes varadas, la etiqueta de la cámara, el tiquin, la falta de olas, de horizonte, de grandiosidad, de espacio y de luz, traían al bueno del capitán un humor que había ratos en ni él mismo se podía sufrir. El hombre de mar metido entre las cuatro tablas de un vaporcito ribereño, es como el milano de las regiones australes, que se le encerrara en un jaulón de gallinas.
—¡Capitán! ¿cómo se llama ese aparato de pesca?—le dije señalándole una balsa que se veía en la orilla.

—No sé—me contestó con marcada aspereza.—No conozco—añadió—más aparatos de pesca, que los arpones balleneros y los dobles aparejos para izar las tintorerías de los trópicos.

—Pescas que deben ser muy peligrosas, capitán.

—¡Capitán! ¡capitán!—repitió con acentuado desprecio.—¿Capitán de qué? ¿de este cajón con ruedas? ¡Mil rayos y bombas! ¡Capitán de río, sin rol, sextante, ni brújula, con cuatro rajadas de leña en la bodega, una derrota de diez horas, un buque en miniatura y un

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

